

# LA SIRENITA

("The Little Mermaid" in Spanish)

Hans Christian Andersen

Illustrated by Thea Kliros









# LA SIRENITA

("The Little Mermaid" in Spanish)

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

*Translated by*

PAUL F. DE ZARDAIN

*Illustrated by*

THEA KLIROS

DOVER PUBLICATIONS, INC.

New York

### *Copyright*

Copyright © 1994 by Dover Publications, Inc.

All rights reserved under Pan American and International Copyright Conventions.

Published in Canada by General Publishing Company, Ltd., 30 Lesmill Road, Don Mills, Toronto, Ontario.

Published in the United Kingdom by Constable and Company, Ltd., 3 The Lanchesters, 162-164 Fulham Palace Road, London W6 9ER.

### *Bibliographical Note*

*La Sirenita* ("The Little Mermaid" in Spanish) is a new work, first published by Dover Publications, Inc., in 1994. The text is a new translation from English into Spanish by Paul F. De Zardain of *The Little Mermaid Coloring Book* by Hans Christian Andersen, first published by Dover in 1992. The illustrations, by Thea Kliros, are also reprinted from *The Little Mermaid Coloring Book*.

*International Standard Book Number: 0-486-28001-2*

Manufactured in the United States of America  
Dover Publications, Inc., 31 East 2nd Street, Mineola, N.Y. 11501



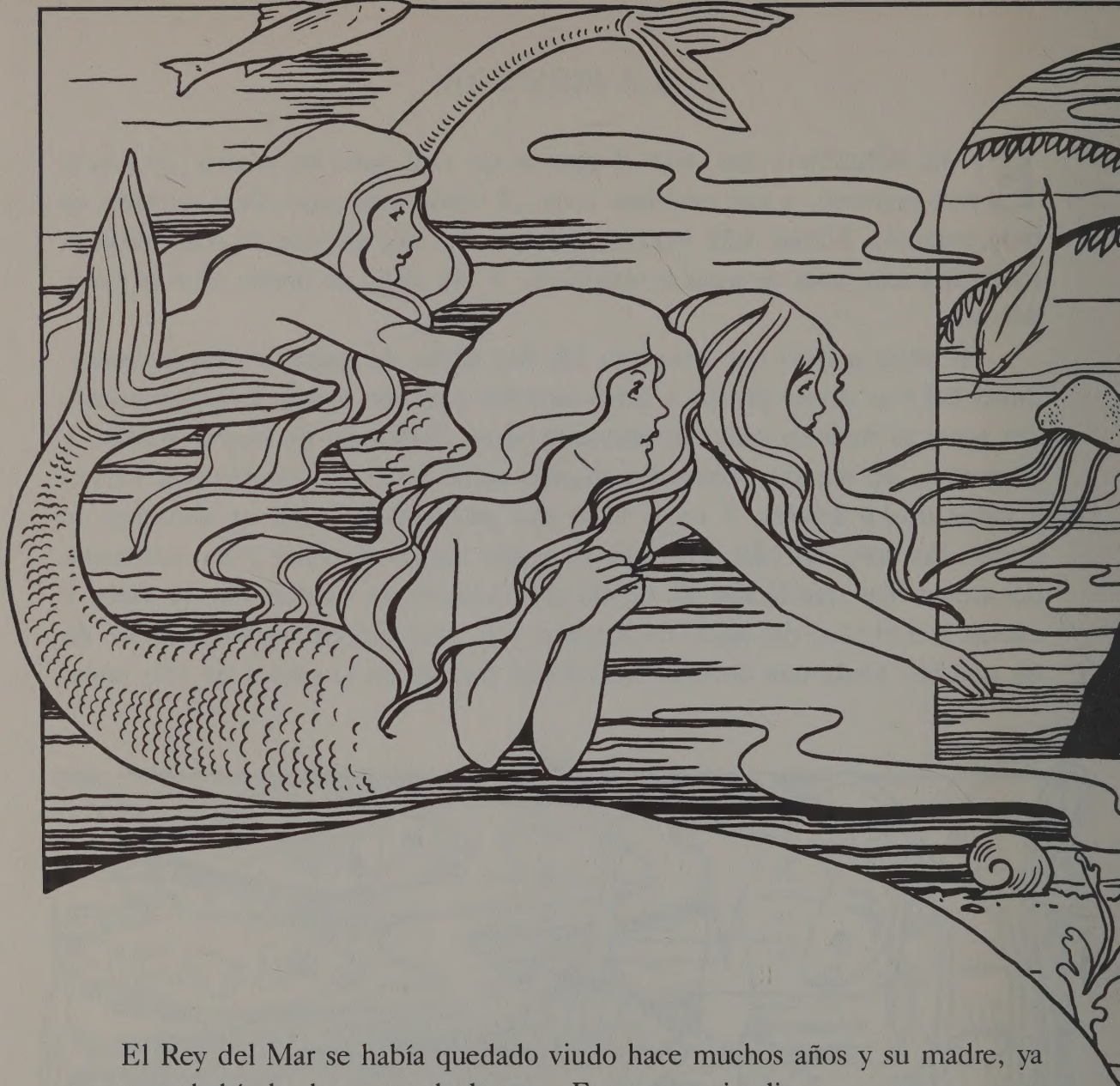
## LA SIRENITA

**E**N EL HORIZONTE DEL MAR el agua es tan azul como los pétalos del aciano más hermoso, y tan cristalina como el vidrio más puro. Pero también es muy profunda. Harían falta muchos campanarios, uno encima de otro desde el fondo del mar, para alcanzar la superficie. Y ahí abajo es donde vive la gente del mar.

No vayas a creer que ahí abajo sólo hay arena. Al contrario—en la profundidad del mar crecen plantas y flores extrañas que, con el más leve movimiento del agua, se mueven como si estuvieran vivas. Todo tipo de peces, grandes y pequeños, se deslizan entre las ramitas igual que aquí los pájaros vuelan a través de los árboles. Y en el lugar más profundo de todos se encuentra el castillo del Rey del Mar. Las paredes están hechas de coral y los ventanales del ámbar más translúcido. El tejado está cubierto de conchas que se abren y cierran con el paso del agua. Es precioso ver cómo relucen las perlas dentro de las conchas. Cada una de ellas valdría una fortuna en la corona de una reina.







El Rey del Mar se había quedado viudo hace muchos años y su madre, ya mayor, se había hecho cargo de la casa. Era una mujer lista, aunque un tanto orgullosa de su posición social. Por eso lucía doce conchas en su cola mientras que a los demás nobles sólo se les permitía llevar seis. Aparte de esto, era una mujer digna de todo elogio, sobre todo porque adoraba a sus nietas, las Prince-sitas del Mar. Eran seis jóvenes y bellas sirenas, aunque la más joven era también la más bella. Su piel era tan pura y tersa como la hoja de una rosa, sus ojos tan azules como el océano más profundo. Aún así, como las demás, no tenía pies ya que su cuerpo terminaba en una cola de pez.

Pasaban el día jugando en los pasillos de la parte inferior del castillo donde flores verdaderas crecían en las paredes. Los grandes ventanales de ám-bar se abrían y entonces los peces nadaban a su encuentro igual que las





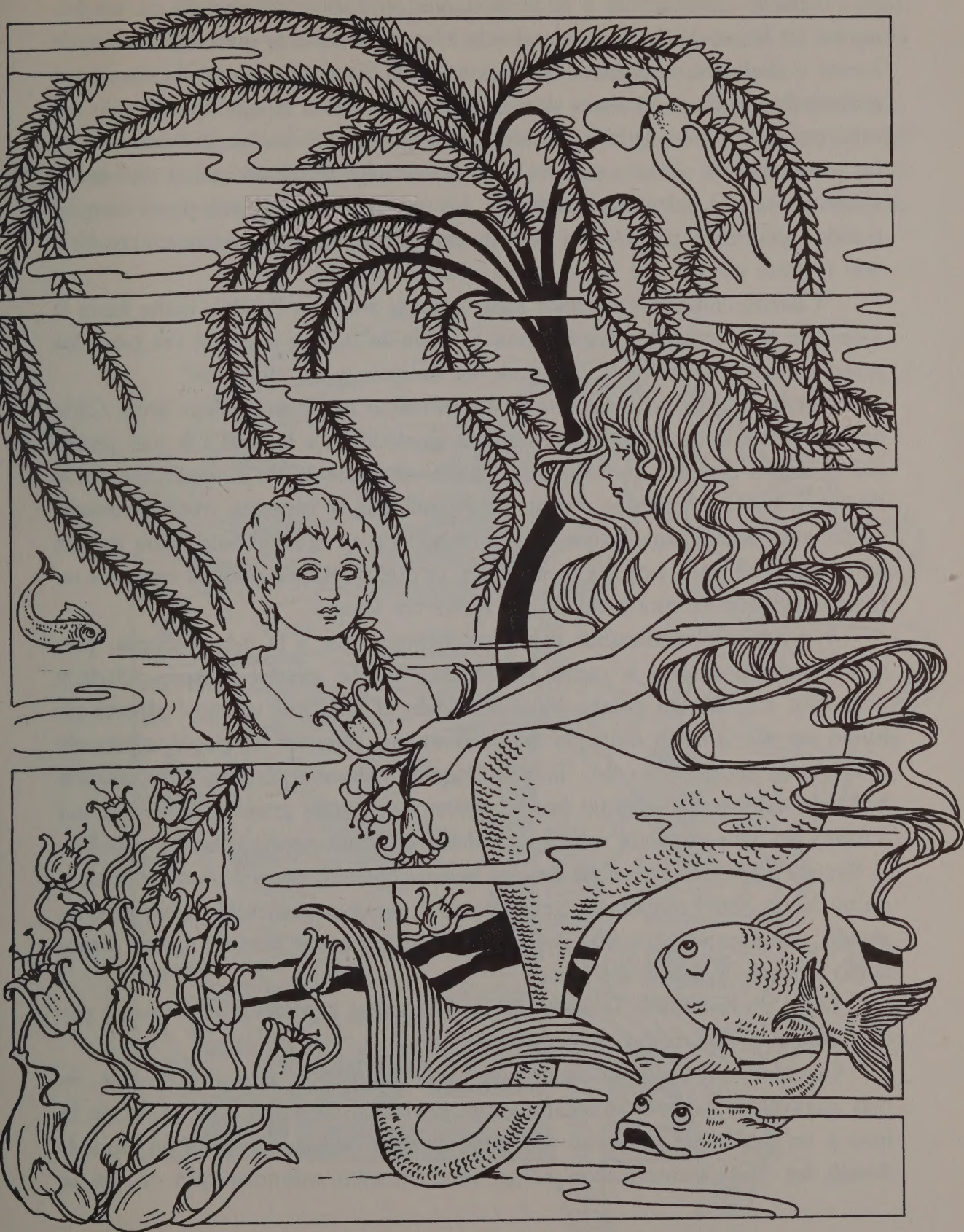


golondrinas entran en nuestras casas al abrir las ventanas. Sin embargo, estos peces nadaban directamente hacia las Princesas para comer de sus manos y dejarse acariciar.

En las afueras del castillo había un gran jardín con flores de color azul marino y otras de un rojo intenso. Los frutos brillaban como el oro y las flores como las llamas de un fuego. Sus tallos y hojas nunca dejaban de mecerse. La tierra en la que crecían era arena de la más pura, aunque tan azul como la llama del azufre. Ahí abajo todo parecía estar iluminado por un resplandor azul. Lejos de pensar que aquello era el fondo del mar, uno podría haberse imaginado que estaba muy arriba en el aire rodeado por la bóveda celeste. Cuando el mar estaba sereno se podía ver el sol. Parecía una flor morada de la que surgían todos los rayos de luz.

Cada una de las Princesitas tenía su propio huerto en el jardín para cultivar. A una de ellas se le ocurrió dar a su sembrado la forma de una ballena. Otra prefirió darle la forma de una pequeña mujer de mar. Pero la más joven hizo su jardín redondo como el sol. Y sus flores destellaban un color tan rojo como el mismísimo sol. Era una niña callada y pensativa. Mientras que sus hermanas hacían alarde de los bellos objetos que habían rescatado de buques naufragados, a ella sólo le quedaban sus flores rojas como el sol y una preciosa estatuilla de mármol. Esta estatua de un joven apuesto estaba tallada de una piedra pura y blanquecina, y se había hundido hasta el fondo del mar después de un naufragio. La Sirenita había sembrado un sauce de color rosa al lado de la estatua. El árbol había crecido y sus ramas recién nacidas colgaban sobre la estatua hasta alcanzar el suelo de arena azul donde la sombra parecía de color violeta y se agitaba como las propias ramas.







Nada le gustaba más a la Sirenita que oír hablar del mundo de los humanos en la superficie. Su vieja abuela le contaba todo lo que sabía acerca de barcos y ciudades, de hombres y animales. A la Sirenita le parecía hermoso que arriba sobre la tierra las flores desprendieran un aroma, ya que en el fondo del mar carecían de olor. También le sorprendía que los árboles fueran verdes y que los peces que se veían nadando entre los árboles pudieran cantar tan maravillosamente que deleitaba escucharlos. Lo que la abuela llamaba peces eran en realidad pequeños pájaros. La Sirenita no lograba entender lo que eran bajo otro nombre puesto que nunca había visto un pájaro.

“Cuando cumplas tus quince años,” dijo la abuelita, “podrás nadar hasta la superficie para sentarte sobre las rocas a la luz de la luna mientras ves pasar los grandes barcos. ¡Más tarde conocerás los bosques y las ciudades!”

Faltaba un año para que una de las hermanas cumpliera quince años. Cada una de ellas era un año más joven que la siguiente, con lo cual a la más jovencita le tocaría esperar cinco años hasta poder ascender desde el fondo del mar y descubrir cómo es nuestro mundo. Sin embargo, la hermana mayor prometió contar a las demás aquello que viera y lo que en su opinión había sido lo más hermoso en su primer día de visita. Todo lo que su abuela pudiera contarles no bastaba, ya que la curiosidad de las nietas era voraz.

Y a nadie le inquietaban más estas historias que a la más jovencita, precisamente la que tenía la espera más larga y la que andaba siempre callada y pensativa. La Sirenita pasaba muchas noches al lado del ventanal abierto alzando sus ojos a través del agua azul marino para observar los peces salpicando el agua con sus aletas y colas. También lograba vislumbrar la luna y las estrellas brillando débilmente, aunque éstas parecían mucho más grandes de lo que son a través del agua. Cuando una especie de nube negra pasaba entre las estrellas, la Sirenita sabía que se trataba de una ballena flotando encima de su cabeza, o quizá de un barco cargado de gente y cuyos pasajeros nunca se hubieran imaginado que bajo el agua una bella sirenita alargaba sus blancas manos intentando alcanzar la quilla del barco.

Llegó el día cuando la mayor de las Princesitas cumplió quince años y podría salir a la superficie del mar.

Cuando regresó, tenía cientos de cosas que contar. Pero, según ella, lo más maravilloso había sido echarse sobre un banco de arena bajo la luz de la luna y en medio del silencioso mar para observar la costa con su gran ciudad, donde las luces centelleaban como cien estrellas mientras que se oía la



música, el ruido y el clamor de los carruajes y de la gente. ¡Avistar tantísimos campanarios y oír el repicar de sus campanas! El mero hecho de no poder subirse a los campanarios le hacía anhelar aún más querer hacerlo.

¡Con qué ganas le escuchaba su hermana pequeña, la Sirenita! Más tarde, mientras se apoyaba al lado del ventanal abierto y alzaba su mirada a través del agua azul marino, la Sirenita soñaba con la gran ciudad, con el bullicio y el griterío. Y de pronto, creía escuchar el sonido de las campanas que llegaba hasta sus oídos en el fondo del mar.







Pasó un año y a la segunda hermana le llegó el turno para nadar hasta la superficie y dirigirse hacia donde quisiera. Salió del agua justo en el momento en el que se ponía el sol y más tarde diría que este espectáculo había sido lo más precioso. Les contó a sus hermanas cómo el cielo entero le había parecido estar hecho de oro, y en cuanto a las nubes, le faltaban palabras para describir su belleza. Eran de color morado y violeta, y se deslizaban a toda vela por encima de su cabeza. Pero una bandada de cisnes salvajes, igual que un largo velo blanco, sobrevolaba el agua aún más rápido que las nubes en dirección del sol poniente. La Sirena intentó seguirles la pista, pero entretanto el sol se había puesto y los tonos de color rosa se apagaron en el mar como en las nubes.

Un año más tarde la tercer hermanita se abrió camino hasta la superficie. Era la más valiente de todas y quiso llegar arriba a través de un río cuyas aguas iban a dar al mar. Pudo observar los verdes montes cubiertos de viñedos y el resplandor de palacios y castillos que se vislumbraban entre los frondosos bosques. Escuchó el cantar de los pájaros y el sol brilló ese día con tanta intensidad que a menudo se había tenido que sumergir en el agua para refrescarse la cara. En una pequeña cala se encontró con una muchedumbre de pequeños seres humanos jugueteando en el agua. La Sirena quiso jugar con ellos, pero al verla se asustaron y huyeron. Entonces apareció un pequeño animal de color negro, un perro. Pero, como ella nunca jamás había visto un perro, al oír cómo le ladraba y gruñía la Sirena le cogió miedo y se dio media vuelta para nadar





hacia el mar abierto. Sin embargo, no hubo manera de borrar los formidables bosques de su memoria, ni tampoco los verdes montes y los graciosos niños que podían nadar en el agua a pesar de no tener colas de pez.

La cuarta hermana no fue tan atrevida. Pasó el tiempo en el oleaje de alta mar y más tarde diría que precisamente ese era el lugar más hermoso. Desde ahí se divisaban muchas millas a la redonda y, en lo alto, el cielo parecía una campana de cristal. De lejos, había visto algunos barcos navegando que le recordaban a las gaviotas. Los delfines juguetones habían hecho volteretas en el aire y de las grandes ballenas salían chorros de agua que convertían al mar en un espectáculo con cientos de fuentes en el horizonte.

Llegó el turno de la quinta hermana. Como su cumpleaños caía en invierno tuvo la suerte de ver cosas que sus hermanas no habían podido ver en su primer viaje. El mar tenía un tono verdoso y grandes icebergs flotaban aquí y allí. Cada iceberg le había parecido una perla, dijo la Sirena, y eso que eran mucho más grandes que los campanarios contruidos por los humanos. Los icebergs adquirían las formas más extrañas y relucían como diamantes. Ella misma se había sentado encima de uno de los más grandes y había dejado que el viento jugara con sus largos cabellos. La Sirena contó cómo los barcos intentaban esquivar a los icebergs. Al anochecer el cielo se cubrió de nubes. Entonces empezaron a retumbar los truenos y cayeron rayos mientras las negras olas suspendían en el aire a los enormes bloques de hielo que deslumbraban con el







reflejo rojo de cada relámpago. Todos los barcos habían amarrado sus velas para mayor seguridad y su miedo y angustia eran palpables. Mientras tanto, la Sirena seguía sentada e impasible sobre el iceberg flotante observando los destellos puntiagudas de azul que se precipitaban sobre el mar.

La primera vez que salían a la superficie del agua, las hermanas estaban encantadas con todas las cosas nuevas y bellas que aparecían ante sus ojos. Ahora que se habían hecho mayores y podían ir cuando quisieran, perdieron todo interés. Echaban de menos su mundo y al cabo de un mes confesaron que después de todo preferían el fondo del mar ya que ahí abajo se sentían en su propia casa.

A menudo al atardecer las cinco hermanas se juntaban los brazos y ascendían en unísono a través del agua. Sus voces eran espléndidas, más dulces que la de cualquier ser mortal. Cuando amenazaba tormenta y las Sirenas sentían que algunos barcos se hundirían, las hermanas nadaban frente a los veleros cantando preciosas canciones que hablaban de la belleza del fondo del mar y que intentaban convencer a los marineros a que olvidaran su miedo y se sumergieran en el agua. Pero los marineros no entendían sus palabras y creían oír el suspirar de la tormenta. Nunca conseguían ver el esplendor que les esperaba bajo sus pies porque cuando naufragaban sus barcos, los marineros siempre se ahogaban.

Al ver cómo nadaban sus hermanas juntas de los brazos al atardecer hacia la superficie y ella se quedaba sola, la Sirenita no podía contener sus lágrimas. Pero las Sirenas no pueden llorar y por eso su sufrimiento es indecible.

“¡Si sólo tuviera quince años!” clamaba la Sirenita. “Estoy segura de que me encantará el mundo allá arriba, y también la gente que vive encima del mar.”

Por fin la Sirenita cumplió sus quince años.

“¡Ves cómo ya estás hecha toda una mujercita!” dijo su abuela. “Ven aquí y déjame adornarte como a tus hermanitas.”

La abuela colocó entonces una corona de lirios blancos sobre la cabeza de la Sirenita. Pero los lirios eran mitad flor, mitad perla y la viejecita dejó que ocho ostras se asentaran sobre la cola de la Princesa en señal de su alta posición social.

“¡Ay! ¡Qué daño me hacen!” dijo la Sirenita.

“Claro que duele. El orgullo debe hacer daño,” le respondió la viejecita.

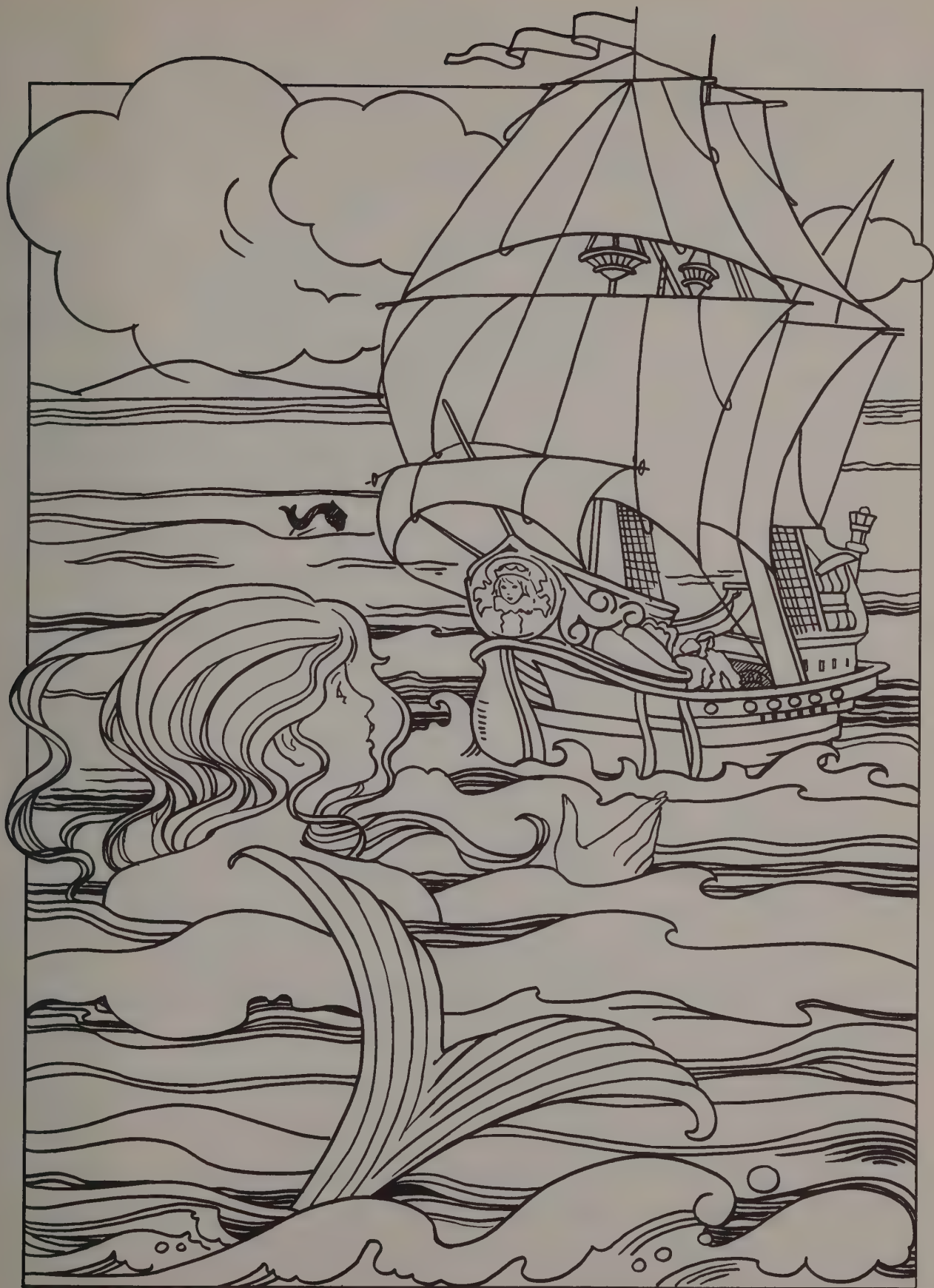
¡Cuánto hubiera dado la Sirenita por deshacerse de toda muestra de posición social y quitarse la pesada corona! A ella le sentaban mejor las flores rojas de su



jardín. Pero no tenía más remedio que aguantarse. “¡Adios!” dijo mientras ascendía a través del mar, ligera y translúcida como una burbuja.

Cuando la Sirenita asomó su cabeza a la superficie el sol acababa de ponerse. Sin embargo, las nubes aún brillaban como rosas y oro, y en el cielo rojizo las hermosas estrellas empezaban a relucir intensamente. Hacía un tiempo agradable, el aire era fresco y el mar estaba apacible. La Sirenita se encontró frente a un gran barco con tres mástiles. Una única vela estaba arriada ya que no soplaba ni la más mínima brisa y los marineros descansaban sobre la cubierta. Se oía música y gente cantando, y al caer la noche los tripulantes encendieron cientos de farolillos de colores. La Sirenita nadó directamente hacia la ventana del camarote y cada vez que una ola la levantaba conseguía ver a través del cristal, que era tan transparente como el mismo aire, el ajetreo de hombres en el cuarto vestidos en sus mejores trajes. Pero el más guapo de todos era el joven Príncipe de ojos grandes y negros. No podía tener más de dieciséis años y la razón de tanto festejo era su cumpleaños. Los marineros bailaban sobre cubierta y cuando hizo aparición el joven Príncipe hicieron estallar en el cielo más de cien fuegos artificiales. Resplandecían en mitad de la noche como el mismísimo día y fue tal el susto de la Sirenita que se sumergió bajo el agua. Pero muy pronto volvió a asomar su cabeza y tuvo la impresión de que todas las estrellas del firmamento le llovían encima. Nunca había visto fuegos artificiales tan grandiosos. Habían soles enormes que desprendían llamas a su alrededor, magníficos peces de fuego que se abalanzaban hacia el aire azul del cielo y el espectáculo entero se reflejaba en el cristalino mar azul. El propio barco estaba iluminado a tal extremo que se podía discernir cada cuerda y por lo tanto se distinguían perfectamente las caras de los tripulantes. ¡Y qué guapo era el joven Príncipe! Sonreía mientras estrechaba las manos de sus camaradas y la música se perdía en la mágica noche.

Se hizo tarde, pero la Sirenita no podía apartar su mirada del barco y del hermoso Príncipe. Se apagaron los farolillos de colores, los cohetes dejaron de volar en el cielo y los cañones cesaron de retumbar. La Sirenita sintió de pronto un murmullo acompañado de un zumbido que provenía del fondo del mar y se puso derecha sobre el agua balanceándose arriba y abajo con las olas para poder echar un vistazo dentro del camarote. Pero el viento empezó a soplar fuerte y los marineros arriaron una vela tras otra. Entonces las olas crecieron, unas nubes enormes aparecieron en el cielo y a lo lejos se veían relámpagos. ¡Estaba a punto de caer una gran tormenta! El barco planeaba a toda vela sobre el salvaje mar. Las olas se hincharon hasta parecerse a dos grandes montañas negras listas





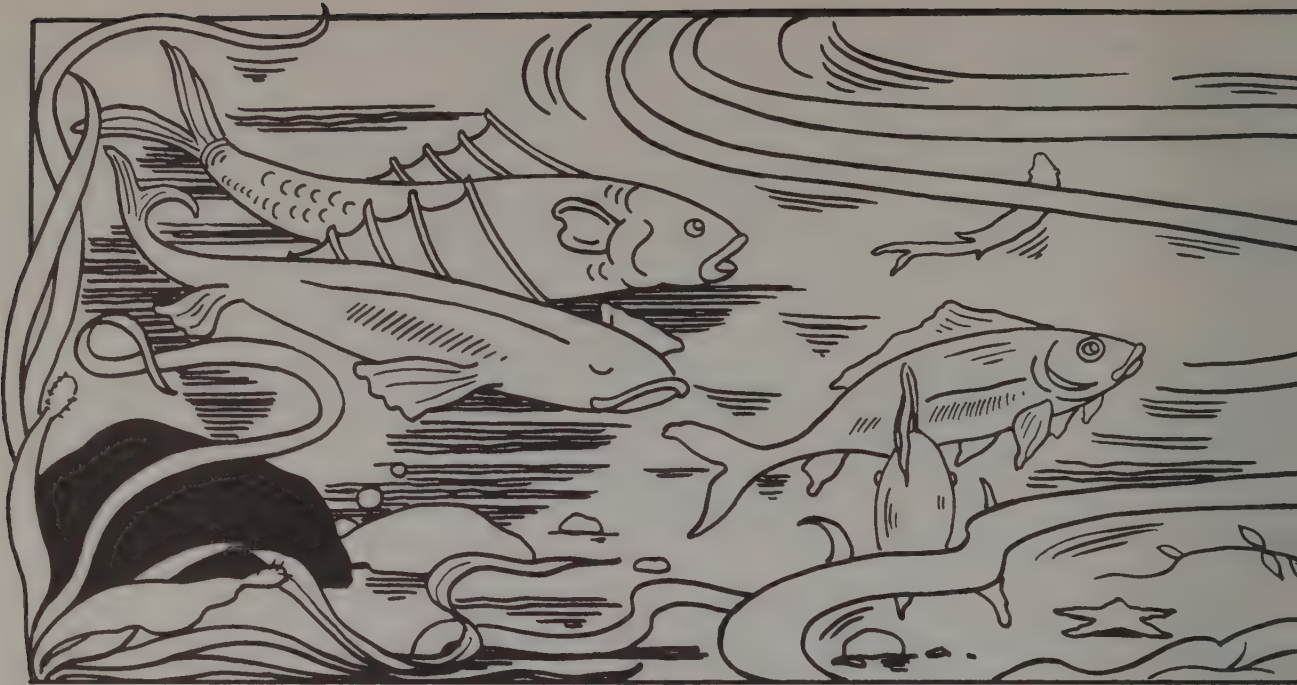


para engullir los mástiles del barco. Pero, igual que un cisne, el barco velero se zambullía entre los valles que separaban las gigantescas olas para dejarse alzar en la cresta de una nueva masa de agua. A la Sirenita todo esto le parecía un juego divertido, pero los marineros no se lo tomaban a broma. Mientras tanto, el barco gemía y crujía. Los tablones se arqueaban con cada sacudida de las olas y el mar acabó por hacerse dueño de la embarcación. El palo mayor se rompió en dos como un finísimo junco mientras que un torrente de agua inundaba la bodega. Entonces la Sirenita se dio cuenta de que las personas corrían peligro. Ella misma tenía que evitar golpearse contra las vigas y los restos flotantes del barco a su alrededor. Durante unos instantes todo se volvió negro como la boca de un lobo y la Sirenita no lograba distinguir el más mínimo objeto. Pero cuando por fin se despejó el cielo la Sirenita pudo reconocer a casi toda la tripulación. Y en especial, mantenía los ojos abiertos por el joven Príncipe. Cuando el barco se estaba hundiendo vio al Príncipe sumergirse bajo el agua con él. Entonces, la Sirenita se alegró muchísimo porque pensó que el Príncipe iría con ella hasta el fondo del mar. Pero de pronto se acordó que las personas no pueden vivir bajo el agua y que al llegar al palacio de su padre seguramente ya estaría muerto. ¡Nada de eso, debía seguir con vida! Así que la Sirenita, poniendo su propia vida en peligro, se abrió camino entre las vigas y los tablones desparramados por todos lados. Se sumergía profundamente en el mar y volvía a ascender con el paso de las olas. De esta manera logró dar con el Príncipe que apenas podía continuar nadando en la tempestuosa mar. Sus brazos y piernas empezaron a perder fuerzas, sus bellos ojos se cerraron y se hubiera ahogado si no hubiera sido por la Sirenita que acudió en su ayuda. Ella fue la que mantuvo su cabeza sobre el agua dejándose llevar por la marea mientras sujetaba el cuerpo del Príncipe.



Cuando brillaron los primeros rayos de sol, la tormenta ya había pasado. No se veían más restos del naufragio. El sol emergió del agua rojo y brillante. Fue como si sus rayos hicieran recobrar el color en las mejillas del Príncipe, aunque sus ojos permanecían cerrados. La Sirenita besó su alta frente pálida y le peinó el pelo mojado hacia atrás. Estaba perpleja con el parecido del Príncipe y la estatuilla de mármol en su jardín. Le volvió a besar con la esperanza de que sobreviviría.





Frente a sus ojos se extendía la tierra seca—altas montañas azules en cuyas cumbres brillaba la nieve eterna como si de cisnes se tratara. Más abajo, frondosos bosques verdes y un templo bordeaban la costa. Dentro del templo crecía un jardín con naranjos y limoneros, y grandes palmeras ondeaban sus hojas en el aire junto a la verja de entrada. En este lugar el mar había creado una pequeña bahía y el agua estaba tranquila, aunque era muy profunda. La Sirenita, con el hermoso Príncipe en sus brazos, nadó directamente hacia la roca donde la marea había arrastrado un montón de arena fina. Una vez allí, posó al Príncipe sobre la arena y con mucho cuidado se aseguró de que su cabeza permanecía erguida para recibir el calor del sol.

En ese momento todas las campanas en el gran edificio blanco empezaron a repicar y varias jóvenes doncellas se acercaron a través del jardín. Entonces la Sirenita nadó mar adentro hasta llegar a un promontorio pedregoso que sobresalía del mar y, tras frotar espuma de mar sobre su pelo y cuello para que nadie pudiera ver su carita, se quedó para observar cuál de ellas vendría a ayudar al desafortunado Príncipe.

Una joven doncella no tardó mucho en dirigirse hacia él. Al principio parecía bastante sorprendida, pero de pronto se la pasó el susto. Esta jovencita llamó a sus compañeras y la Sirenita pudo comprobar cómo el Príncipe se despertaba y sonreía a las personas que le rodeaban. Pero no le mandó ninguna sonrisa a la Sirenita ya que ignoraba que ella le había salvado la vida. La Sirenita se sintió muy dolida, y cuando se llevaron al Príncipe al gran edificio se sumergió tristemente bajo el agua y regresó al palacio de su padre.



Siempre había sido tierna y melancólica, pero ahora lo era aún más. Sus hermanas le preguntaban lo que había visto la primera vez que subió a la superficie, pero la Sirenita se lo guardaba todo.

Muchas tardes y mañanas nadaba hasta el lugar donde había depositado al Príncipe. Vio cómo maduraban los frutos en el jardín, cómo eran cosechados, cómo la nieve se derretía en las cumbres. Sin embargo, nunca encontraba al Príncipe y volvía al fondo del mar aún más triste que antes. Entonces su único consuelo era sentarse en su pequeño jardín y abrazar la preciosa estatuilla de mármol que tanto se parecía al Príncipe. Dejó de ocuparse de sus flores, que entretanto habían crecido salvajes por los pequeños caminos y cuyos largos tallos y hojas trepaban entre las ramas de los árboles haciendo del jardín un lugar bastante oscuro.

Por fin la Sirenita no podía aguantarlo más y le contó la historia a una de sus hermanas. Poco después, las otras se enteraron también. Pero el secreto se mantuvo dentro del pequeño círculo de hermanas, de algunas sirenas y de sus mejores amigas. Una de estas últimas sabía quién era el Príncipe. Ella también había sido testigo del festejo en la cubierta del barco y dio a conocer el lugar de dónde venía el Príncipe y dónde se encontraba su reino.

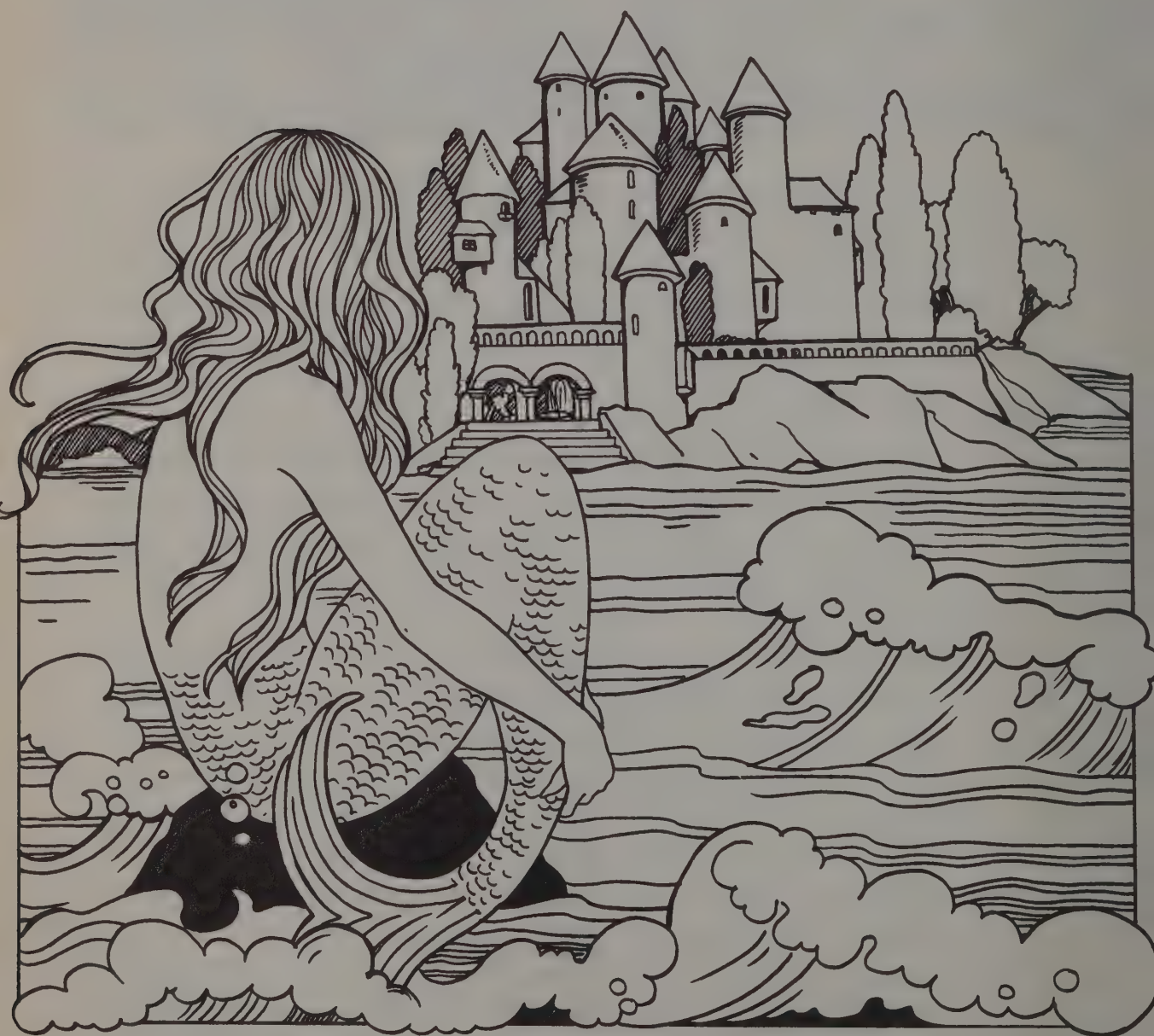
“¡Ven hermanita!” dijeron las Princesitas y, juntas de los brazos, subieron en unísono hacia la superficie en busca del palacio del Príncipe.

El palacio estaba hecho de una piedra intensamente amarilla. Las grandes escaleras eran de mármol y una de ellas daba directamente al mar. Cúpulas doradas sobresalían del tejado y unas estatuas de mármol que parecían estar



vivas ocupaban el espacio entre las columnas que acordonaban la fortaleza. A través de las ventanas en la parte superior se podían contemplar los grandiosos salones cuyas paredes estaban engalanadas con colgaduras de seda, tapices de gran valor y magníficas pinturas. En mitad del más fastuoso de los salones corría el agua de una gran fuente. Sus chorros se lanzaban por lo alto hasta casi acariciar la cúpula de cristal en el techo que dejaba pasar los rayos de luz. El sol hacía relucir el agua y las preciosas plantas que crecían en la gran pileta.

Ahora la Sirenita sabía dónde vivía el Príncipe y pasaba muchos atardeceres y muchas noches al borde del agua. Nadaba más cerca de la costa de lo que cualquier otra sirena se hubiera atrevido a hacer. Llegó incluso a aven-





turarse dentro del estrecho canal que pasaba por debajo del maravilloso balcón de mármol y que proyectaba su amplia sombra sobre el agua. Aquí se sentaba para mirar al joven Príncipe que creía estar completamente solo bajo la luz de la luna.

Otras tardes los ojos de la Sirenita le seguían mientras salía a navegar, acompañado por el sonido de la música, en su lujoso barco con las banderas que ondeaban en el viento. Ella se asomaba de pronto entre los juncos verdes y cuando el viento se enredaba en su velo blanco y alguien señalaba hacia la Sirenita, el Príncipe creía que se trataba de un cisne blanco extendiendo sus alas.

Muchas noches, al salir los pescadores al mar con sus antorchas, la Sirenita escuchaba cómo alababan al joven Príncipe. Ella se alegraba de haberle salvado la vida cuando, medio inconsciente, las salvajes olas le habían machacado sin piedad. Se acordaba de cómo la cabeza del Príncipe había reposado tranquilamente sobre su pecho y con qué ganas le había besado. Pero él todo lo ignoraba y ni siquiera podía soñar con la Sirenita.



Cada vez más la Sirenita se sentía seducida por los seres humanos y anhelaba poder codearse con las personas de un mundo que le parecía mucho más grande del que conocía. Los seres humanos podían navegar de un lado al otro del océano y escalar las grandes montañas por encima de las nubes. Sus tierras se perdían en el horizonte en bosques y praderas. ¡Tantas cosas despertaban su curiosidad! Pero sus hermanas eran incapaces de responder a todas sus preguntas y decidió preguntar a su vieja abuela. La viejecita conocía muy bien el mundo de arriba, al que se refería correctamente como “los países encima del mar.”

“Si los humanos no se ahogan,” dijo la Sirenita, “¿quiere esto decir que pueden vivir eternamente? ¿Es que ellos no se mueren como nosotros aquí en el fondo del mar?”

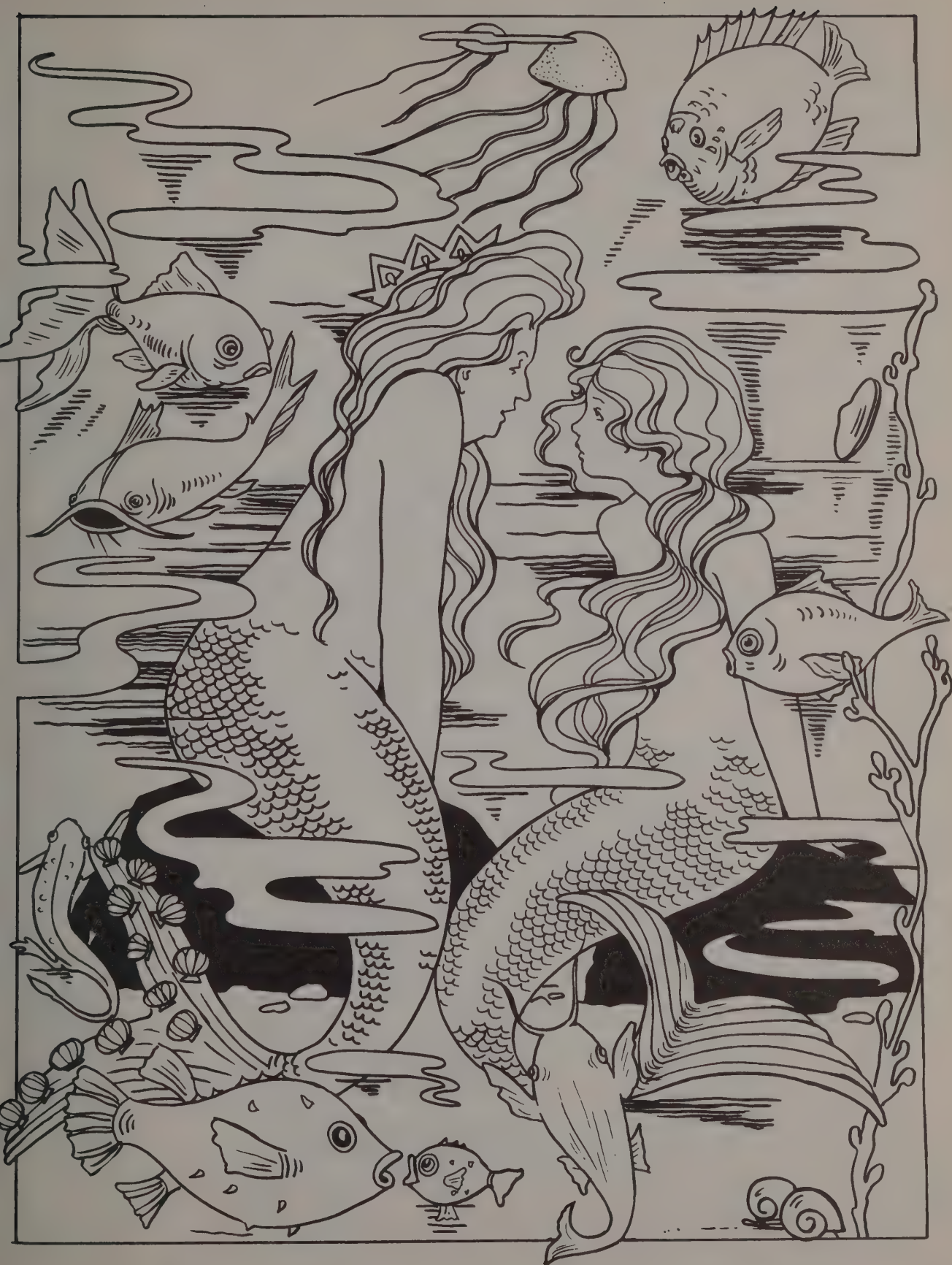
“Claro que sí,” contestó la abuelita. “Ellos también deben morir y sus vidas son aún más cortas que las nuestras. Nosotros podemos llegar a vivir trescientos años, pero cuando dejamos de existir aquí abajo nos convertimos en la espuma que flota sobre la superficie del agua. Ni siquiera tenemos derecho a una tumba aquí abajo entre nuestros seres queridos. Nosotros carecemos de un alma inmortal; nunca nos reencarnamos. Somos como las algas verdes que cuando son cortadas no vuelven a crecer jamás. En cambio, los seres humanos poseen un alma eterna que pervive cuando el cuerpo se ha convertido en polvo. ¡Este espíritu se eleva a través del aire inmaculado hasta alcanzar las estrellas del firmamento! Igual que nosotros nadamos hasta la superficie del agua, ellos ascienden a sitios grandiosos y desconocidos que nunca podremos descubrir.”

¿Y por qué no nos dieron un alma inmortal?” preguntó la Sirenita con mucha pena. “Yo sacrificaría gustosamente los cientos de años que me quedan por vivir para poder convertirme en un ser humano durante un día y albergar la esperanza de entrar en el reino del cielo.”

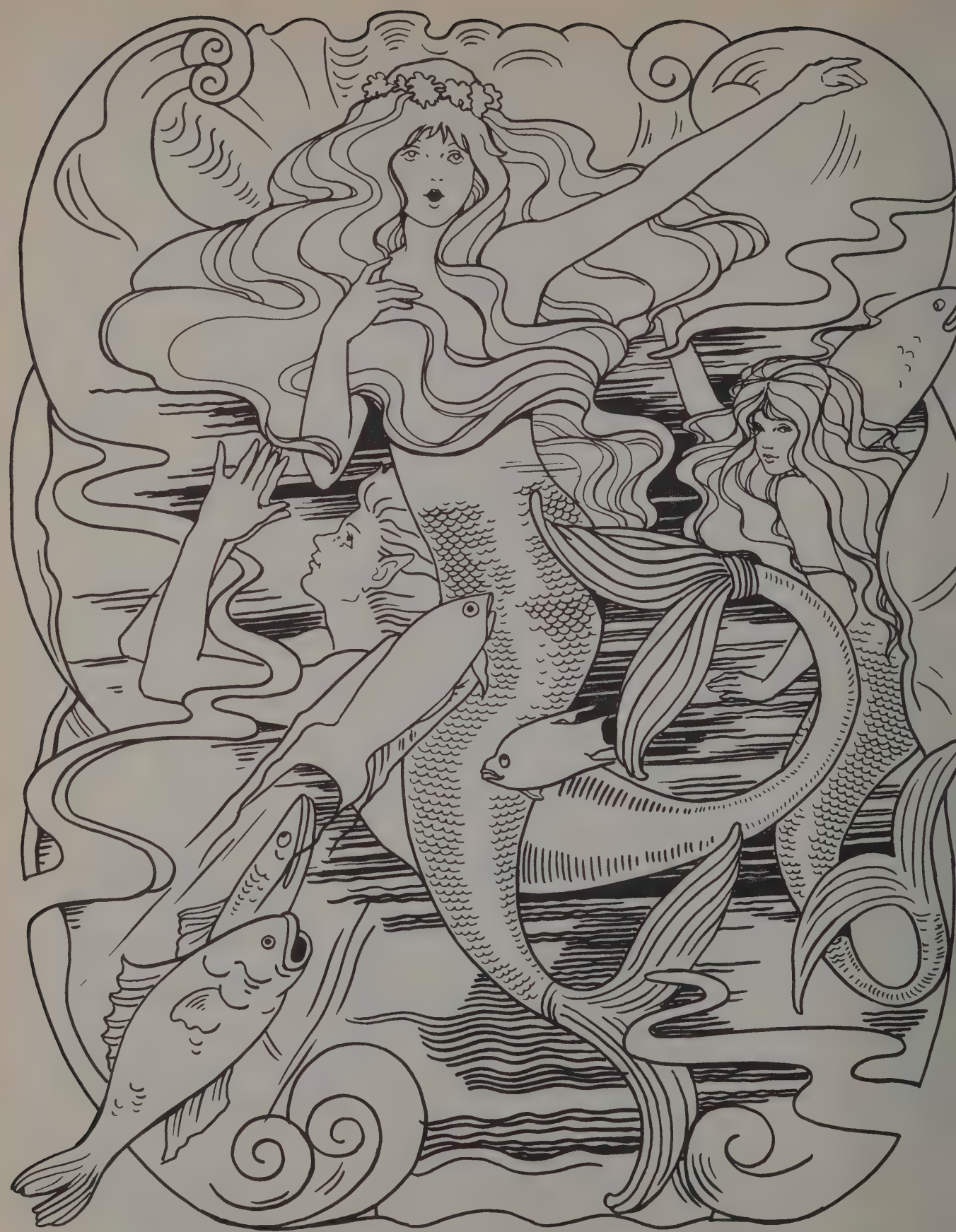
“No debes pensar así,” le respondió la viejecita. “Nosotros somos mucho más felices y vivimos mejores vidas que los seres humanos de allí arriba.”

“¿Entonces estoy condenada a morir y a convertirme en espuma de mar sin poder escuchar la música de las olas, sin poder ver las preciosas flores y el rojo sol? ¿Es que no puedo hacer nada para conseguir un alma inmortal?”

“¡No!” le contestó la abuelita. “Sólamente si un hombre llegara a enamorarse de tí hasta tal punto que fueras para él más que un padre o una madre, si se agarrara a tí con cada pensamiento y con todo su amor, y dejara que un cura posara su mano derecha sobre la tuya prometiendo serte fiel aquí y







en la eternidad, sólo entonces su alma penetraría en tu cuerpo, y tú serías agraciada con la dicha de felicidad a la que tiene derecho todo ser humano. Este hombre te ofrecería un alma y guardaría la suya propia. Pero esto jamás podrá ocurrir porque lo que aquí en el mar consideramos hermoso—la cola de pez—en la tierra lo ven como algo feo. No lo entienden. Allí tienes que tener esos dos soportes toscos que llaman piernas para que piensen que eres hermosa.”

En ese momento la Sirenita dio un suspiro y su triste mirada se fijó en su cola de pez.

“¡Alegremonos!” dijo la viejecita. “¡Vamos a bailar y saltar en el aire durante estos trescientos años que nos quedan de vida! De tiempo no nos podemos quejar y después de esta vida descansaremos la mar de bien. Esta noche celebraremos una gala en la corte.”

Fue un espectáculo maravilloso, algo jamás visto sobre la tierra. Las paredes y el techo del gran salón de baile estaban hechos de un grueso cristal transparente. Cientos de conchas enormes, algunas de color rosa y otras verdes como la hierba, cubrían las paredes a ambos lados iluminando el salón entero con las llamas azules que salían de su interior. La luz del fuego azul traspasaba las paredes de manera que el mar también se alumbraba. Se podían ver miles de peces grandes y pequeños acercándose hacia las paredes de cristal. Las escamas de algunos peces relucían en tonos morados mientras que otros brillaban como la plata y el oro. En medio del salón corría un torrente de agua y es aquí donde los hombres y las mujeres del mar bailaban al ritmo de sus encantadoras canciones. Voces tan preciosas como las de esta gente son absolutamente desconocidas sobre la tierra. El cantar de la Sirenita fue el más dulce de todos y la corte entera se puso a aplaudirla con sus manos y sus colas. Durante unos instantes el corazón de la Sirenita se sintió feliz ya que sabía que poseía la voz más bella del mar y de la tierra. Pero sus pensamientos se volcaron de nuevo sobre el mundo de arriba y no podía dejar de pensar en el encantador Príncipe o en su tristeza por carecer de un alma inmortal como la suya. Decidió escabullirse silenciosamente del palacio de su padre y, mientras en la corte todo era alegría y diversión, ella permanecía sentada melancólicamente en su pequeño jardín. Entonces, escuchó el sonido de una corneta resonar a través del agua y pensó, “Seguramente que ahora mismo la persona a la que dedico todos mis deseos y en cuya mano estaría dispuesta a depositar la felicidad de mi vida entera está navegando por encima de mí. Haré lo que haga falta para ganarle y adquirir así un alma inmortal. Mientras mis hermanas bailan lejos en el castillo de mi padre, iré a consultar a la bruja de mar de la que siempre he tenido tanto miedo. Quizá ella pueda ofrecerme algún consejo y me ayude.”





La Sirenita dio la espalda a su jardín y se dirigió hacia los remolinos de espuma detrás de los que vivía la hechicera. Nunca se había aventurado en esta dirección. Aquí no crecían flores ni algas marinas. Tan solo una arena desnuda y gris se extendía hasta los torbellinos donde el agua daba vueltas furiosamente como las ruedas de un molino enloquecido, llevándose consigo hacia el fondo todo lo que caía en su poder. La Sirenita no tuvo más remedio que atravesar los tremendos remolinos para acceder a la propiedad de la bruja y gran parte del camino se vio forzada a pasar por encima de una especie de lodo caliente y burbujeante. A lo lejos se encontraba la cabaña de la bruja en mitad de un extraño bosque en el que hasta el último árbol y matorral era un pólipo, es decir, mitad animal y mitad planta. Parecían serpientes con cien cabezas que brotaban de la tierra. Sus ramas eran en realidad largos brazos viscosos con dedos en forma de gusanos retorcidos y movían sus miembros uno por uno desde la raíz hasta la punta más alejada del cuerpo. Hacían presa de todo lo que podían agarrar en el agua. Asustada, la Sirenita se quedó quieta enfrente de los pólipos. Su corazón se puso a batir con el miedo y casi se había dado media vuelta cuando volvió a pensar en el Príncipe y en el alma de los humanos recobrando así su valentía. Ató firmemente sus largos cabellos flotantes alrededor de su cabeza para que los pólipos no la atraparan. Juntó sus manos sobre su pecho y salió disparada a través del agua igual que un pez pasando por entre los horrorosos pólipos que alargaban sus lacios brazos y dedos intentando darle alcance. La Sirenita pudo comprobar cómo cada pólipo guardaba cosas que había atrapado con sus cientos de diminutos brazos que más bien parecían poderosas correas de hierro. Por entre los brazos de los pólipos asomaban los esqueletos blancos de personas ahogadas en el mar y que se habían hundido hasta el fondo. Estos animales también se aferraban a los remos y cofres de los barcos, a los esqueletos de animales terráqueos e incluso a una sirena que ha-

bían capturado y estrangulado. Esto último era sin duda el espectáculo más terrible.

Por fin la Sirenita llegó a un lugar pantanoso en mitad del bosque donde gordísimas culebras de agua se enrollaban en el suelo mostrando sus grotescos cuerpos de color crema. Y en medio de la marisma había una cabaña construida a base de los blancos huesos de marineros naufragados. Ahí se encontraba la bruja del mar dando de comer a un sapo de su propia boca igual que una persona daría de comer azúcar a un pequeño canario. La bruja llamaba a las gordas y espantosas culebras de mar “sus pequeñas gallinas” y dejaba que se arrastraran encima de ella.





“Sé lo que quieres,” dijo la bruja de mar. “Es necio de tu parte ya que te traerá mucho pesar, pero saldrás con la tuya mi pequeña Princesa. Quieres deshacerte de tu cola de pez y sustituirla por esos dos soportes que utiliza la gente sobre la tierra para andar. Quieres hacer que el joven Príncipe se enamore de tí y te otorgue un alma inmortal.” Dicho esto, la bruja soltó una gran carcajada tan desagradable que el sapo y las culebras de agua cayeron de golpe sobre el suelo donde continuaron arrastrándose. “Voy a prepararte una poción que llevarás contigo mañana hasta la tierra antes de que amanezca. Una vez allí, te sentarás y la beberás. Entonces tu cola se secará y se convertirá en lo que los terráqueos llaman piernas. Pero te hará mucho daño porque tendrás la impresión de que alguien te está cortando en dos con una espada afilada. Todo el que te vea te dirá que eres la más hermosa mujer que jamás hayan visto. Guardarás tu refinado andar—ninguna bailarina podrá moverse con tanta elegancia como tú—pero cada paso que tomes será como si pisaras puñales puntiagudos y como si empezaras a derramar sangre. Si crees que podrás soportarlo, entonces estoy dispuesta a ayudarte.”

“¡Sí!” dijo la Princesita con un ligero temblor en la voz y se puso a pensar en el Príncipe y en el alma inmortal.

“Pero no olvides,” dijo la bruja, “que una vez que hayas adquirido la forma de un ser humano nunca podrás volver a convertirte en una sirena. No podrás regresar a través del agua para visitar a tus hermanas o el palacio de tu padre. Y si no consigues que el Príncipe se enamore de tí de modo que le hagas olvidar incluso a sus padres, si no consigues que se aferre a tu corazón y a tu alma, y que le diga al cura que una vuestras manos en matrimonio, entonces no recibirás un alma inmortal. La mañana después de contraer matrimonio con otra mujer, tu corazón se romperá y te convertirás en espuma sobre el agua.”

“Lo lograré,” dijo la Sirenita volviéndose tan pálida como la muerte.

“Pero también tendrás que pagarme,” dijo la bruja, “y lo que te voy a pedir no es ninguna tontería. Tienes la voz más dulce de todo ser bajo el agua. ¿Quizá pensabas encantar al Príncipe con tu voz? Nada de eso. Me la tendrás que dar a mí. ¡Podré utilizar lo mejor de tí para mi valiosa poción! Yo misma tengo que meter mi sangre en el brebaje que te voy a dar para que sea tan cortante como una espada de doble filo.”

“Pero si me quitas la voz,” dijo la Sirenita, “¿qué es lo que quedará de mí?”





“Tu precioso cuerpo,” le contestó la bruja, “tu refinado andar y tus ojos centelleantes. Esto es suficiente para conquistar un corazón humano. ¿Qué te ocurre? ¿Es que de pronto has perdido tu valentía? Estira tu lengüecita para que te la pueda cortar y después te daré mi poción mágica.”

“Que sea así entonces,” dijo la Sirenita.

Y la bruja sacó su cacerola para preparar la poción.

“La limpieza es muy importante,” dijo la bruja mientras frotaba la cacerola sirviéndose de las culebras que había atado previamente en un gran nudo. Después se rascó vigorosamente la piel y dejó caer gotas de sangre negra dentro de la cacerola. De pronto surgió una especie de vapor con unas formas tan extrañas que cualquiera se hubiera asustado. Cada vez que la hechicera echaba algo dentro de la cacerola y el brebaje comenzaba a hervir, salía un sonido parecido al llanto de un cocodrilo. Por fin estaba lista la poción. Tenía el aspecto del agua más pura.

“Ahí la tienes,” dijo la bruja.

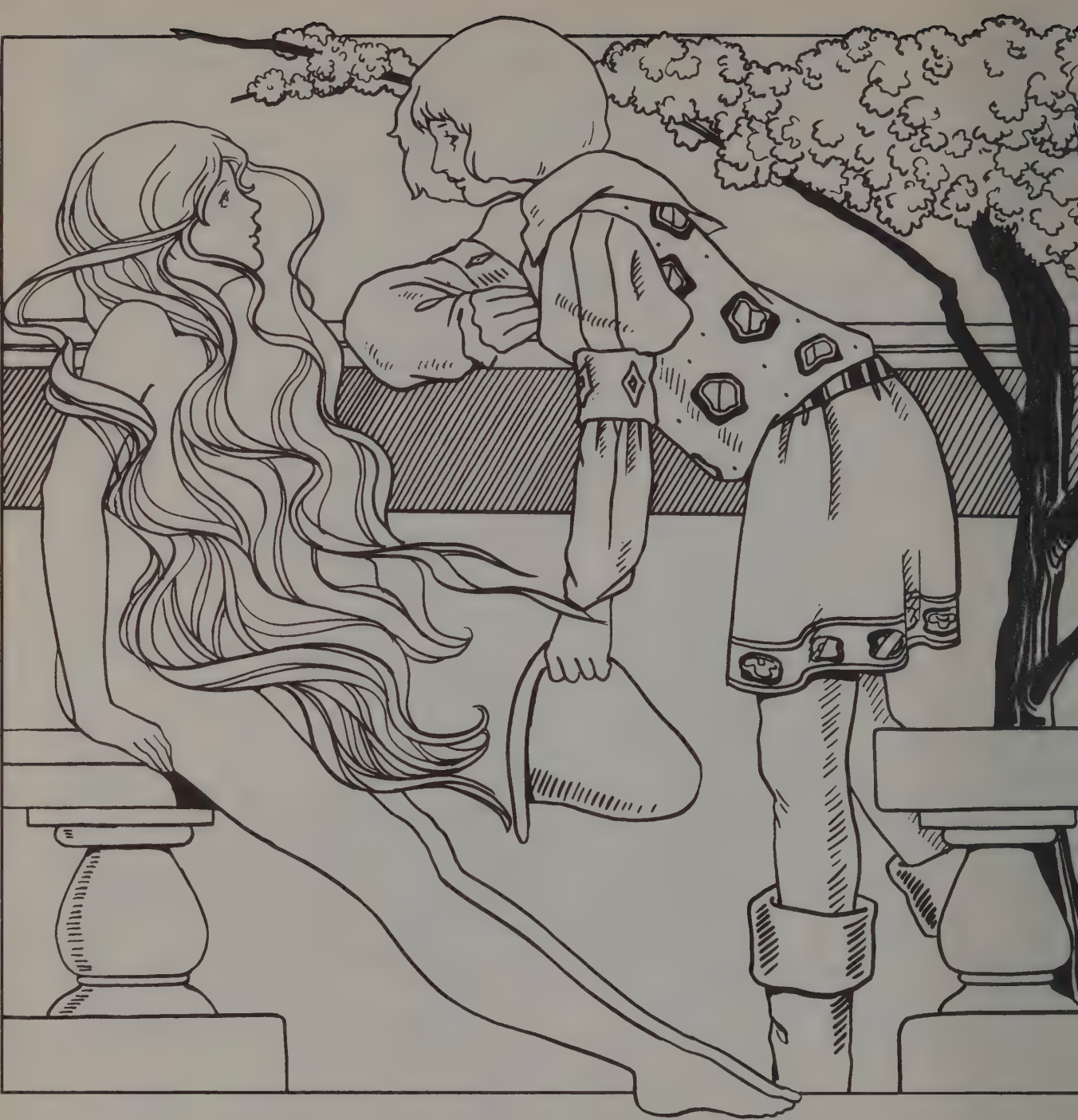
Y le cortó la lengua a la Princesita, que a partir de ahora sería muda y no podría cantar ni hablar.



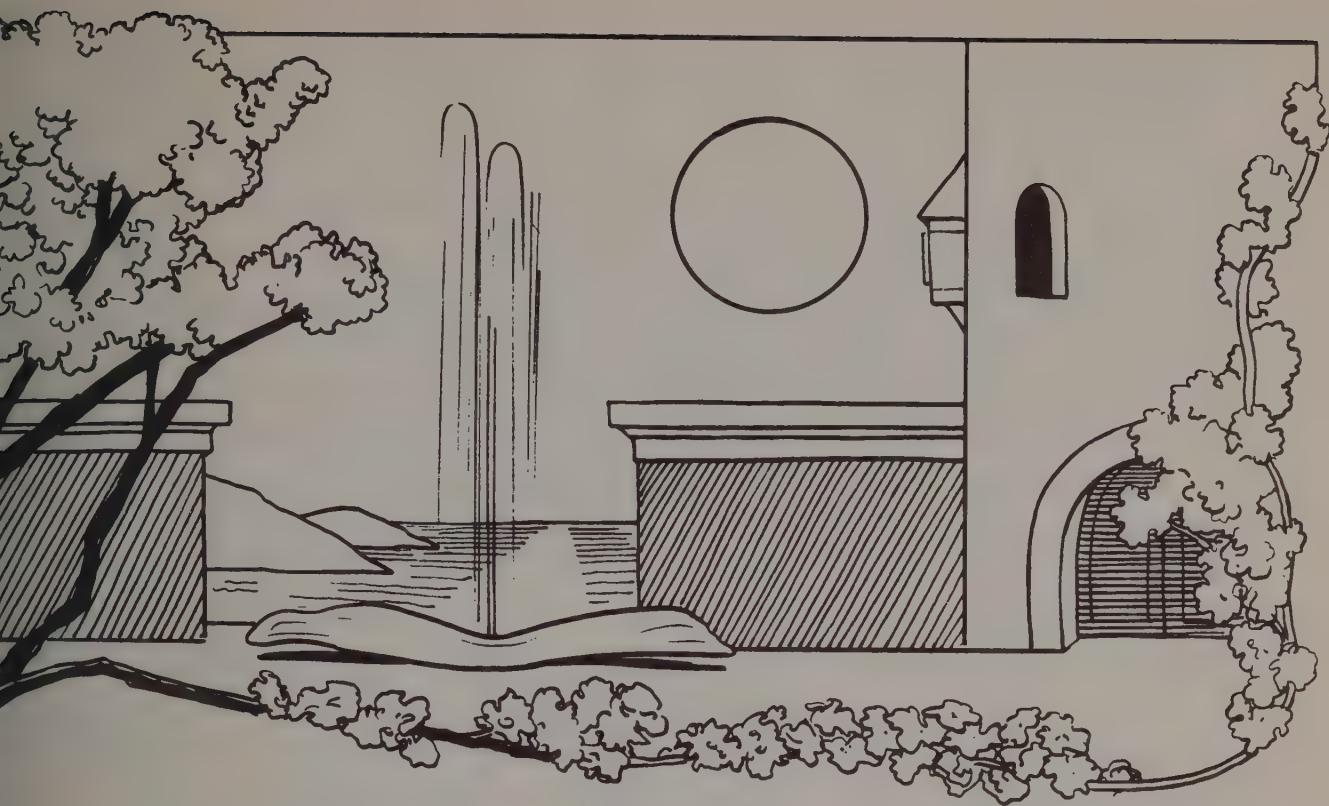


De lejos, la Sirenita vio el castillo de su padre. Habían apagado las antorchas en el gran salón y sus seres queridos seguramente dormían en sus aposentos. Pero no se atrevía a acercarse a ellos ahora que estaba a punto de abandonarles para siempre. Sentía como si su corazón pudiera explotar de tristeza en cualquier instante. Se introdujo sigilosamente en el jardín, cortó una flor del sembrado de cada una de sus hermanas, mandó miles de besos al palacio y ascendió a través del oscuro mar azul.





Cuando tuvo ante sus ojos al castillo del Príncipe y se subió sobre las espléndidas escaleras de mármol, aún no había amanecido. La luna brillaba intensamente. La Sirenita bebió el ardiente y amargo brebaje y tuvo la sensación de que una espada de doble filo penetraba en su tierno cuerpo. Entonces se desmayó y se quedó tumbada como si estuviera muerta. Cuando los rayos del sol comenzaron a brillar sobre el mar, la Sirenita se despertó y sintió un dolor



agudo. Pero justo enfrente de ella estaba el joven y apuesto Príncipe. Éste fijó sus ojos negros como el carbón en la cara de la Sirenita y ella, pudorosa, bajó su mirada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su cola de pez había desaparecido y que en su lugar habían crecido los pies más blancos y preciosos que toda jovencita pudiera desear. Pero estaba completamente desnuda y tuvo que cubrirse con sus largos cabellos. El Príncipe le preguntó cómo había llegado hasta allí y ella, puesto que no podía hablar, le obsequió con una dulce pero triste mirada de sus ojos azul oscuros. Entonces el Príncipe la cogió de la mano y la introdujo en el castillo. Cada paso que tomaba era como pisar sobre agujas y puñales puntiagudos, y la Sirenita se acordó de la advertencia de la hechicera. Pero aún así, lo hacía gustosa. De la mano derecha del Príncipe la Sirenita daba paso tras paso tan ligera como una pompa de jabón y el Príncipe, como el resto de los cortesanos, estaba maravillado con su refinado y cimbreante andar.

Le regalaron magníficos vestidos de seda y muselina. Era la más bella criatura del castillo, a pesar de ser muda y no poder cantar ni hablar. Un día anunciaron la llegada de varias esclavas encantadoras vestidas con trajes de seda y oro que empezaron a cantar en presencia del Príncipe y de sus reales padres. Una de ellas cantaba con más finura que las demás y el Príncipe le dedicó una sonrisa y aplaudió vivamente. Entonces la Sirenita se entristeció porque sabía



que ella una vez había sido capaz de cantar con mucha más dulzura, y pensó: “¡Si sólo supiera que he sacrificado mi voz para siempre para poder estar junto a él!”

Las esclavas empezaron a bailar preciosos bailes llenos de gracia al ritmo de la música más seductora. La Sirenita aprovechó el momento para estirar sus bellos brazos blancos y ponerse de puntillas sobre los pies mientras se deslizaba sobre el suelo como nadie había visto a un ser humano bailar jamás. Con cada movimiento, su belleza se hacía aún más patente y la expresión de sus ojos llegaba más directamente al corazón que las canciones de las esclavas.

Todos estaban encantados, sobre todo el Príncipe que empezó a llamarla su pequeña huerfanita. La Sirenita siguió bailando, aunque cada vez que ponía un pie sobre el suelo tenía la sensación de estar pisando afiladísimos puñales. El Príncipe le dijo que siempre debería permanecer a su lado y le dio permiso para que durmiera sobre una almohada de terciopelo delante de su puerta.

Ordenó que la confeccionaran un vestido de paje para que la Sirenita pudiera acompañarle en sus travesías ecuestres. Montaron a caballo a través del bosque primaveral donde las verdes ramas acariciaban sus hombros y los pajaritos cantaban entre el verde follaje. En compañía del Príncipe, la Sirenita escalaba altas montañas y aunque sus delicados pies derramaban tal cantidad de sangre que hasta los demás viajeros se daban cuenta, ella no hacía más que reírse y seguir los pasos del Príncipe hasta llegar a una cima desde donde se veían las nubes por debajo levantar vuelo igual que una bandada de pájaros en busca de tierras más cálidas.

En el castillo del Príncipe, mientras todo el mundo dormía por la noche, la Sirenita salía a las grandes escaleras de mármol y se bañaba los pies en el agua de mar para calmar sus heridas y pensar en sus seres queridos en el fondo del mar.

Una noche aparecieron sus hermanas juntas de los brazos cantando tristemente mientras flotaban en el agua. La Sirenita les hizo señas para que se acercaran y, tras reconocerla, le contaron cómo habían llorado su pérdida. La Sirenita decidió visitarlas todas las noches y una vez pudo ver de lejos a su vieja abuelita que hacía años que no salía a la superficie. En otra ocasión, vio por un instante al Rey del Mar con la corona sobre su cabeza. Ambos estiraron sus manos en su dirección pero no querían aventurarse tan cerca de la costa como las hermanas.

Cada día que pasaba el Príncipe se encariñaba más y más con la Sirenita. La quería igual que una persona mayor puede querer a un niño encantador, pero nunca se le pasó por la cabeza querer casarse con ella. Y sin embargo era





indispensable que se casara con ella porque de no ser así la Sirenita no conseguiría un alma inmortal y se convertiría en espuma de mar la mañana después de que el Príncipe contrajera matrimonio con otra mujer.

“¿Es que no soy tu preferida?” parecían preguntarle los ojos de la Sirenita cuando el Príncipe la abrazaba y la besaba sobre su frente pálida.

“¡Claro que sí!” le contestaba el Príncipe. “Posees el más tierno corazón de todas y eres la más leal de mis doncellas. Además, me recuerdas a una muchacha que conocí una vez pero que estoy convencido de no poder volver a encontrar nunca más. Hace tiempo, el barco en el que viajaba naufragó y las olas me arrastraron hasta una playa cerca de un templo sagrado donde se paseaban varias jovencitas. La más joven de ellas fue la que me encontró junto a la orilla del mar y me salvó la vida. Sólo la vi dos veces. Es la única mujer en el mundo de la que me podría enamorar, pero tú haces que me olvide de ella porque os parecéis tanto. Ella pertenece al templo sagrado y creo que mi buena fortuna ha debido traerte hasta mí. ¡Nunca nos separaremos!”

“¡Oh! No sabe que fui yo la que le salvó la vida,” se lamentó la Sirenita. “Le traje a través del mar hasta el bosque y me quedé sentada bajo la espuma para ver si alguien se acercaba. Vi a la preciosa jovencita a la que dice querer más que a mí.” La Sirenita suspiró profundamente ya que le era imposible llorar. “La doncella pertenece al templo sagrado,” dijo, “y nunca podrá salir de su mundo. No volverán a encontrarse. En cambio yo le veo y estoy con él cada día que pasa. Le cuidaré, le amaré y estoy dispuesta a dar mi vida por él.”

Pero corría la voz de que el Príncipe se iba a casar con la hermosa hija de un rey vecino. Por eso habían comenzado los preparativos para un magnífico barco. Se rumoreaba que el Príncipe iría a tierras del vecino rey en un viaje de cortesía, pero en realidad se hicieron arreglos para que pudiera conocer a la hija del rey. Estaba previsto que le acompañara todo un séquito real. La Sirenita sacudió ligeramente su cabeza y una sonrisa se dibujó en su cara: sabía mejor que nadie lo que tramaba el Príncipe.

“He de partir,” le dijo el Príncipe. “Tengo que conocer a la bella Princesa. Mis padres así lo desean, aunque no quieren obligarme a que la traiga a casa como mi esposa. Sería incapaz de amarla ya que no es como la hermosa doncella del templo a la que tanto te pareces. Si tuviera que escoger una novia te elegiría a tí, mi pequeña huerfanita muda de ojos parlantes.”

Y besó los rojos labios de la Sirenita mientras jugaba con sus cabellos haciendo que soñara con la felicidad y con un alma inmortal.

“¿No le tienes miedo al mar, mi silenciosa criatura?” preguntó el Príncipe a la Sirenita mientras esperaban sobre cubierta para zarpar hacia las tierras del



rey vecino. Y empezó a contarle historias sobre galernas y sobre la calma antes de una tormenta, sobre los extraños peces en las aguas profundas y lo que habían visto los buzos ahí abajo. La Sirenita sonreía al oírle contar estas historias ya que ella conocía mejor que nadie la vida en el fondo del mar.

Bajo la luz de la luna, cuando todos dormían a excepción del timonel que permanecía al mando del barco, la Sirenita se sentaba a estribor fijando su mirada a través del agua transparente. Se imaginaba que podía ver el palacio de su padre. Arriba en las almenas su vieja abuela, con una corona de plata sobre la cabeza, tenía sus ojos puestos sobre la quilla del barco que navegaba por







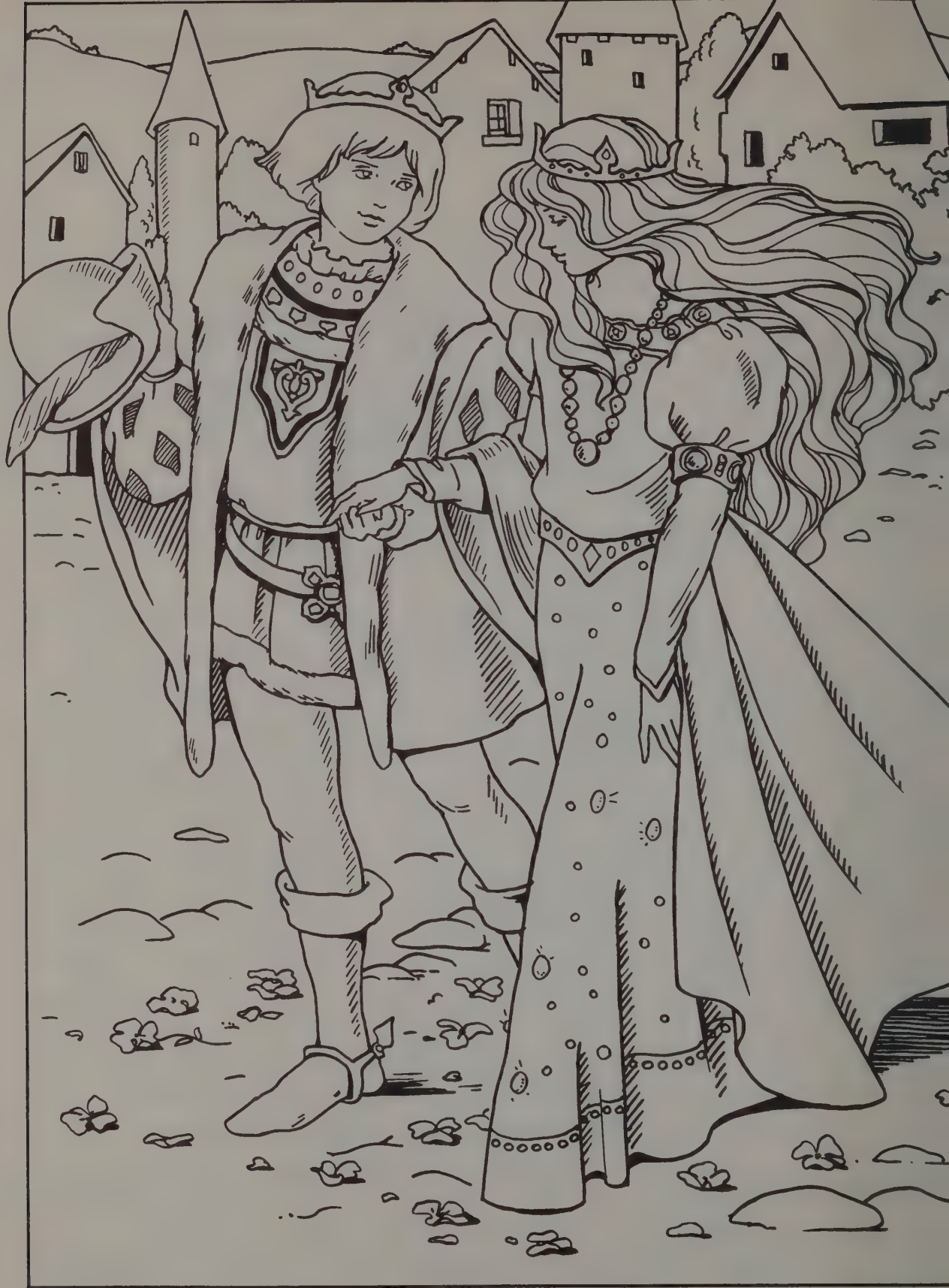
encima del arrastre de la marea. Entonces se acercaron sus hermanas a través del agua mirándola con tristeza mientras retorcían sus blancas manos. La Sirenita, sonriente, hizo señas para que se acercaran más y poder transmitirles lo contenta que estaba, pero en ese mismo instante se aproximó un joven grumete y las hermanas se zambulleron en un santiamén haciéndole pensar al muchacho que los objetos blancos que acababa de ver no eran más que espuma en la superficie del agua.

La mañana después, el barco atracó en el puerto de la espléndida ciudad del rey vecino. Todas las campanas de las iglesias repicaban y desde los torreones se oía el sonido de trompetas mientras que soldados sostenían banderas en el viento y sus bayonetas brillaban en el sol. Todos los días se organizaba algún tipo de festejo; galas reales y diversiones de todo tipo se sucedían una tras otra. Pero la Princesa aún no había hecho su aparición. La gente decía que estaba siendo educada en un templo sagrado muy lejos de allí donde la instruían en todas las virtudes reales. Pero finalmente llegó a la ciudad.

La Sirenita ansiaba poder contemplar la belleza de la Princesa y, cuando la vio, tuvo que reconocer que jamás había tenido en sus ojos una visión tan encantadora como esta. La tez de la Princesa era pura y blanca, y tras las largas pestañas sonreían unos ojos de color azul oscuro llenos de felicidad.

“¡Tú eres la mujer que me salvó cuando yacía medio muerto en la orilla del mar!” exclamó el Príncipe abrazando a su prometida contra su corazón.





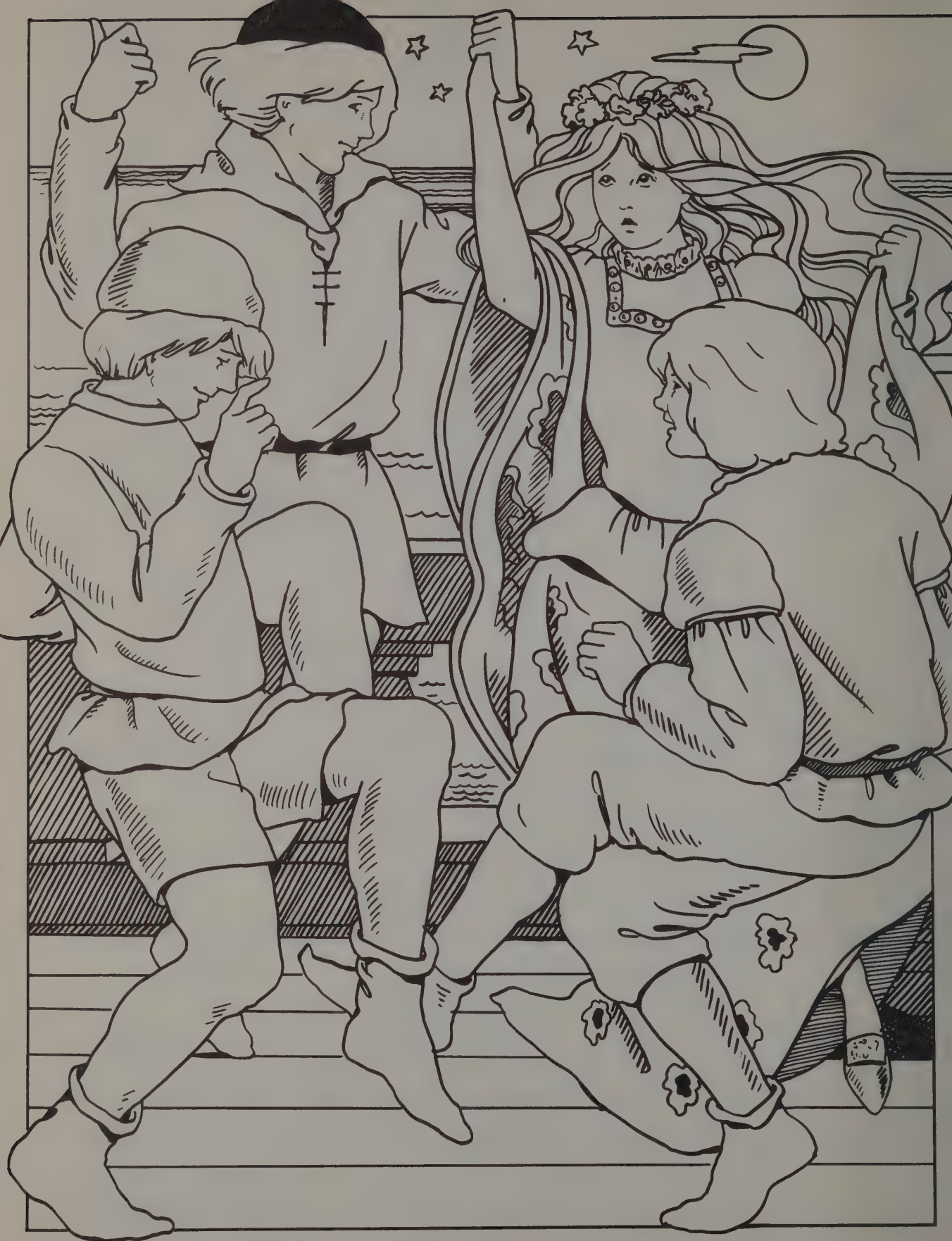


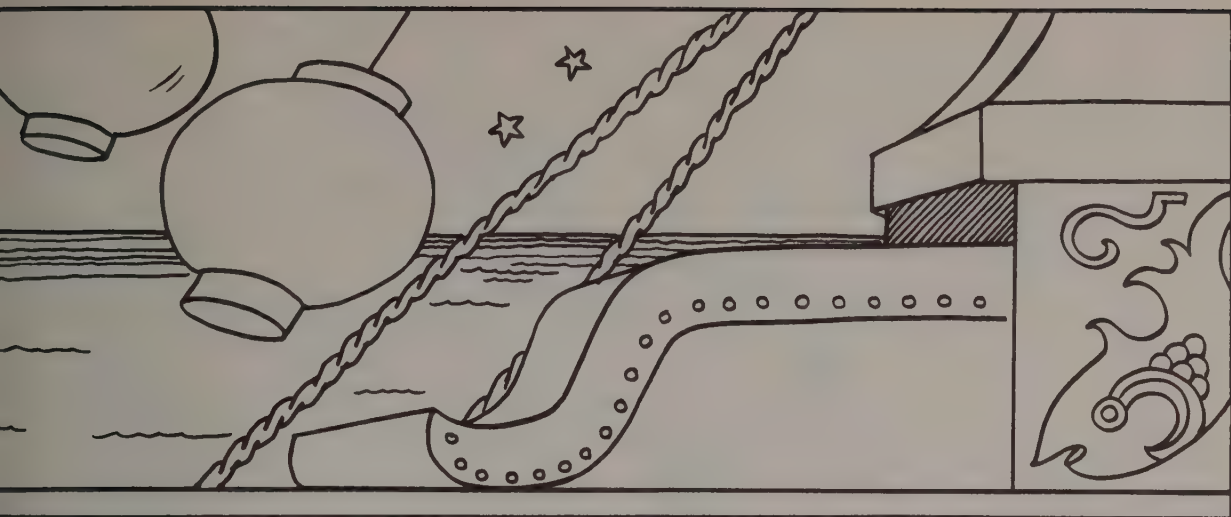
“¡Qué feliz soy!” le gritó a la Sirenita. “Mi mayor deseo se ha cumplido. ¡Cómo te debe alegrar al verme tan feliz, porque de todas ellas tú siempre has sido la más leal!”

La Sirenita besó su mano y tuvo la impresión de que su corazón ya se había partido en dos puesto que la mañana después de la boda traería consigo la muerte, convirtiéndola en espuma de mar.

Todas las campanas de las iglesias se pusieron a sonar y por las calles los heraldos proclamaban la noticia de los desposorios. En cada altar quemaban aceites aromáticos dentro de fabulosas lámparas de plata. Los curas hacían balancear sus incensarios hacia adelante y hacia atrás, y los novios, juntos de la mano, recibieron la bendición del obispo. La Sirenita estaba ataviada en un vestido de oro y sujetaba la cola del vestido de la novia. Pero sus oídos no hacían caso a la música alegre y sus ojos no prestaron atención a la ceremonia religiosa. Sólo podía pensar en la noche en la que moriría y en todo lo que había perdido en este mundo.







Esa misma noche los novios se subieron abordo del barco al son de cañonazos y con todas las banderas batiendo en el viento. En mitad de la embarcación habían erigido una suntuosa tienda de campaña de color oro y violeta provista con las almohadas más preciosas. Los recién casados tenían previsto dormir bajo la tienda en el fresco y en la tranquilidad de la noche.

Al zarpar, las velas se hincharon con el viento y el barco empezó a deslizarse suavemente, tan ligero como una nube sobre el transparente mar. Cuando oscureció, la tripulación encendió farolillos de colores y los marineros se pusieron a bailar alegremente sobre la cubierta. La Sirenita se acordó entonces de cómo en su primer viaje a la superficie se había encontrado con un espectáculo de júbilo y esplendor semejante a este. Se unió al baile girando entre los marineros y revoloteando igual que una golondrina empeñada en no dejarse atrapar. La belleza de sus movimientos provocó gritos de admiración entre los marineros. Sus tiernos pies parecían estar acuchilleados, pero ella nada sentía porque el dolor de su corazón le hacía mucho más daño aún. Sabía que esta era la última noche en la que vería al hombre por quien había abandonado a amigos y a su propio hogar, el hombre por quien había sacrificado su preciosa voz y que le había causado tantos sufrimientos inauditos día tras día, el hombre que todo lo ignoraba acerca de la Sirenita. Era la última noche en la que respiraría el mismo aire que él, la última vez que contemplaría el cielo sembrado de estrellas y el profundo mar. La esperaba una noche eterna y vacía de pensamientos o sueños ya que carecía de un alma y era demasiado tarde para hacerse de una. La alegría y el alborozo sobre cubierta duraron hasta bien entrada la noche y la Sirenita siguió riéndose y bailando a pesar de la sensación de muerte en su corazón. El Príncipe dio un beso a su preciosa novia mientras ella jugueteaba con su pelo negro y juntos de la mano se retiraron para descansar bajo la fabulosa tienda.





El silencio se apoderó del barco. Tan sólo el timonel permanecía al mando. La Sirenita apoyó sus blancos brazos sobre la barandilla y dejó que su mirada se perdiera en dirección del Oriente, donde nace el sol. Sabía que el primer rayo de sol acabaría con su vida. En ese mismo momento sus hermanas emergieron de la pleamar tan pálidas como ella. Sus preciosos y largos cabellos ya no soplaban en el viento porque se los habían cortado.

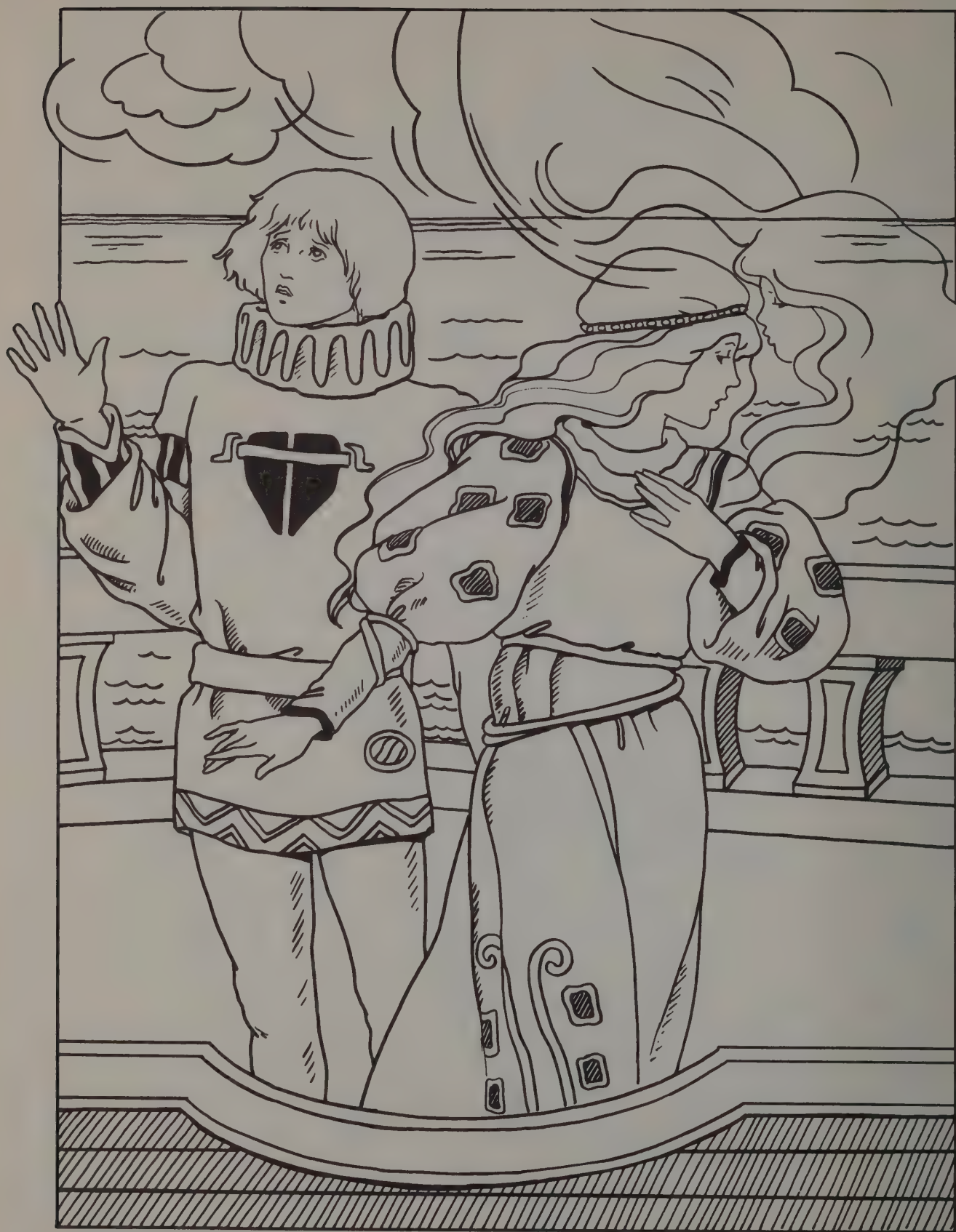
“Le hemos dado nuestro pelo a la bruja para poder ayudarte e impedir que te mueras esta noche. Ella nos dio este puñal. ¡Cógelo y verás lo afilado que está! Antes de que salga el sol debes clavarlo en el corazón del Príncipe y cuando derrame sangre caliente sobre tus pies éstos se convertirán en una cola de pez y volverás a ser una sirena. Regresarás con nosotras y vivirás tus trescientos años antes de convertirte en espuma muerta de mar. ¡Date prisa! ¡Uno de los dos deberá morir cuando amanezca! Nuestra vieja abuela está tan afligida que se le está cayendo su pelo blanco igual que ocurrió con el nuestro bajo los tijeretazos de la bruja. ¡Mata al Príncipe y vuelve con nosotras! ¡Apresúrate! ¡Acaso no has notado esa raya roja en el cielo? ¡En pocos minutos amanecerá y te morirás!”

Dicho esto, suspiraron con gran tristeza y desaparecieron bajo el oleaje.

La Sirenita alzó la cortina morada de la tienda y vio a la hermosa novia echada sobre la cama con su cabeza en el pecho del Príncipe. Se agachó y, tras besarle en la ceja, fijó su mirada en el cielo donde los tonos rojos del amanecer se hacían más y más intensos. Dejó caer sus ojos sobre el afilado puñal y de nuevo sobre el Príncipe, que en el sueño murmuraba el nombre de su novia. En su cabeza sólo había sitio para su prometida y el puñal se puso a temblar en las manos de la Sirenita. Entonces arrojó el puñal por la borda dejándolo caer a lo lejos entre las olas. Al hundirse dejó un rastro de rojo brillante como si gotas de sangre quisieran brotar del agua. Sus ojos apagados volvieron a posarse sobre el Príncipe por última vez y acto seguido se abalanzó sobre el mar mientras sentía como su cuerpo se disolvía y se convertía en espuma.







Entonces el sol se levantó en el horizonte del mar. Sus rayos se extendieron suavemente, sobre la fría espuma trayendo consigo el calor, y la Sirenita no podía haberse sentido más viva. Alzó sus ojos hacia el sol resplandeciente y en las alturas vio volar a cientos de seres celestiales llenos de gloria. La Sirenita percibía sus siluetas a través de las velas blancas del barco y detrás de las nubes rojizas del cielo. Estos seres hablaban un lenguaje puramente melódico de notas etéreas que no podían ser captadas por el oído humano, igual que el ojo humano era incapaz de verles. A pesar de carecer de alas, surcaban los cielos. La Sirenita se sorprendió al comprobar que su cuerpo tenía las mismas características y que poco a poco ascendía a través de la espuma de mar.

“¿Hacia dónde me dirijo?” preguntó la Sirenita con una voz parecida a la de los seres que la rodeaban, una voz tan celestial que no tenía comparación alguna con la música de la tierra.

“¡Hacia las hijas del aire!” le respondieron las demás voces. “Una Sirenita carece de un alma inmortal y no puede conseguir una a no ser que un humano se enamore de ella. Su vida eterna está en manos de otra persona. Las hijas del aire tampoco gozamos de un alma inmortal, pero podemos conseguirla a través de buenas acciones. Emprendemos vuelo hacia los países cálidos donde el sofocante aire es capaz de matar a los humanos y ahí les proporcionamos aire fresco. Perfumamos el aire con el aroma de las flores y esparcimos el fresco y buena salud. Después de trabajar durante trescientos años haciendo el bien nos otorgan un alma inmortal y podemos gozar de la eterna felicidad de los humanos. Tú misma, Sirenita, pusiste todo el corazón en luchar por nuestro objetivo. Por ello has tenido que sufrir y soportar lo tuyo. Gracias a tu comportamiento ejemplar te has elevado al mundo de los espíritus y adquirirás un alma inmortal al cabo de trescientos años.”

La Sirenita alzó entonces sus ojos agradecidos hacia el sol divino y por primera vez en su vida sintió que se llenaban de lágrimas. Mientras tanto el barco había recobrado vida y todo era un ir y venir sobre cubierta. Vio cómo el Príncipe y su prometida la buscaban por todas partes. Al cabo de un rato fijaron su mirada en la espuma color de perla como si supieran que la Sirenita se había tirado al mar. Envuelta en su manto invisible, la Sirenita entonces le dio un beso en la frente a la novia, abanicó la cara del Príncipe y acto seguido ascendió en la atmósfera acompañada de los demás hijas del aire hasta alcanzar una nube que flotaba en el cielo.



“Incluso puede que lleguemos al Paraíso antes de trescientos años,” le susurró una hija del aire. “Entramos a hurtadillas en las casas de los humanos donde están los niños y cada vez que encontramos un niño que hace feliz a sus padres y se merece todo su amor, se acorta nuestro periodo de prueba. El niño ignora que podemos volar dentro de su cuarto y cuando se porta bien y nosotras sonreímos llenas de alegría, nos descuentan un año de los trescientos que nos quedan. En cambio, cuando nos encontramos con un niño malo o desobediente derramamos lágrimas de tristeza y por cada lágrima tenemos que añadir un día más al tiempo que nos queda por cumplir.”











# LA SIRENITA

## ("The Little Mermaid" in Spanish)

Hans Christian Andersen

Illustrated by Thea Kliros

*The Little Mermaid* has enchanted generations of children with its poignant tale of a mermaid and her love for the prince she rescues from a stormy sea. Thea Kliros' ready-to-color drawings charmingly depict the dramatic and touching events in this beloved Andersen tale. Children will enjoy coloring the pictures as they follow the story in this excellent new Spanish translation by Paul F. De Zardain.

Here are 31 illustrations revealing the magical world of the Sea King and his six lovely mermaid daughters. Among them are imaginative renderings of the Sea King's *castillo*, the littlest mermaid's *jardín*, with its *estatua* of a young boy, the rescue of the *príncipe* and much more. Both Spanish-speaking children and those learning to speak the language will love following the Spanish text as they bring these exciting scenes to colorful life.

Original Dover (1994) publication. 31 illustrations. 48pp. 8½ × 11. Paperbound.

ALSO AVAILABLE

SPANISH ALPHABET COLORING BOOK, Nina Barbaresi. 32pp. 8½ × 11. 27249-4 Pa. \$2.50

Free Full-Color Children's Book Catalog available upon request.

ISBN 0-486-28011-2



\$2.95 IN USA

9 780486 280111

Andersen LA SIRENITA ("The Little Mermaid" in Spanish) Dover 0-486-28001-2

DOVER

